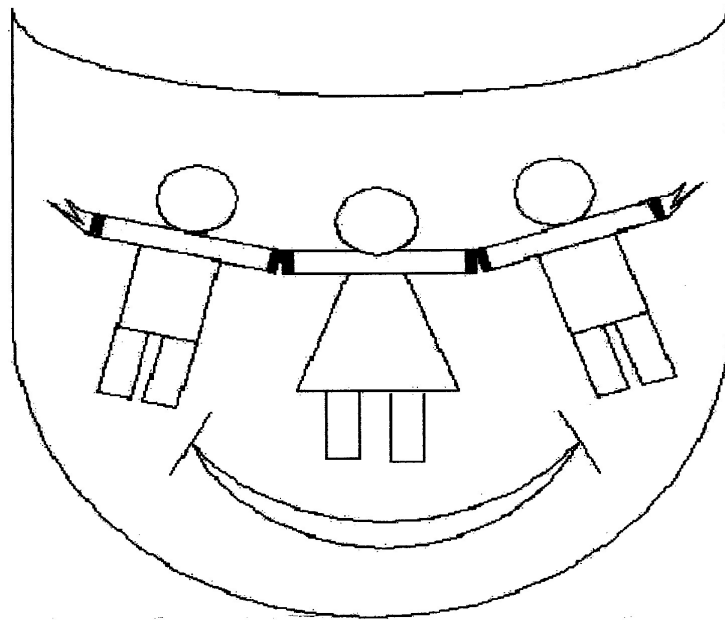


se abre la sesión

Teatro



José Luís Sánchez Escribano



Se abre la sesión

EL TRIBUNAL

FISCAL ALGUACIL JUEZ SECRETARIO ABOGADO

Juzga, entre otros, a:

- Un payaso, porque hace reír
- A un parado, por no dar un palo al agua
 - A nadie, por ser quien es, nadie
- A una bisabuela, por no educar bien a hijos y nietos
 - A una puta, ni se sabe porqué se le juzga
 - A un vidente, que se llama Vicente
 - A un policía municipal, por lo de las multas
 - A una acusada, quejita ella de que le toca
- A un ermitaño, que en un descuido le vieron
 - Y con ellos, a nuestro tiempo.

José Luís Sánchez Escribano



Primera edición: marzo de 2008

Diseño: www.joelius.com

© José Luís Sánchez Escribano

© www.joelius.com

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual
(T-2008-1)

Sinopsis

Es un juicio a nuestro tiempo o, mejor dicho, al tiempo en que nos ha tocado vivir, pues lo que se intenta es averiguar las razones por las que somos lo que somos y como somos. De ahí que nos preguntemos, ¿De dónde venimos? Ese, de donde venimos, significa ancestros, significa tiempos pasados, significa proceso evolutivo, significa cultura, educación, guerras, miedos, esperanzas, etc.

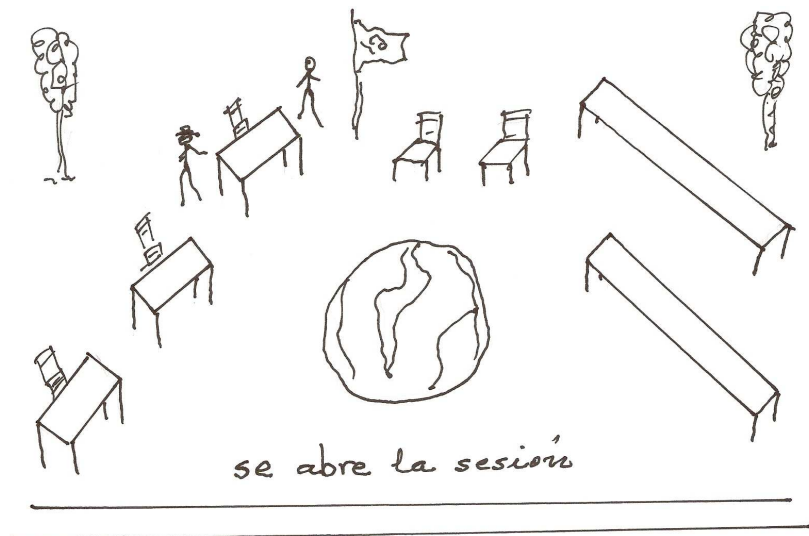
¡Que coño!, no nos preguntamos nada de eso, solo se dicen cuatro gilipolleces para rellenar el guión, que es que el guionista está tocado del ala.

En fin. En este desvariado juicio, se juzga a la ignorancia, a la pobreza, a la incultura, a la soledad, a la diversión y la juerga, al hambre y la miseria, a la falta de educación, a las castas o clases sociales que todavía existen, - en el medioevo, por ejemplo, se clasificaba en tres clases a las personas: nobleza, clero y campesinado y parece que aún perduran -, al trabajo como esclavitud de unos sobre otros, al abuso de los fuertes sobre los débiles, a la desigualdad, a las relaciones personales, a la justicia injusta, al dinero....

Y a la guerra, a la violencia..., a la prostitución y a todo aquello que se les cruza en el camino a estos juzgadores y acusados, pues de todo hablan.

Eso sí, sin orden ni concierto.

Decorado



Montaje

En un escenario más o menos como el diseñado, se ubicaran todos los actores prácticamente desde el principio, actuando desde sus propios asientos o en las sillas habilitadas para los declarantes en cada turno.

Vestuario y atrezzo

El adecuado para cada personaje. La única bandera que se verá en el decorado será una con un globo terráqueo como símbolo.

Comienza la sesión, digo, la escena primera

Payaso

Están el fiscal y el abogado defensor cada uno a un lado. Detrás de la mesa del juez, está el secretario y un policía jugando a las cartas. Entra el Juez.

Secretario.- Todos en pie.

Juez.- (*se sitúa en la mesa del centro y dice al policía:*) ¡Que pasen los acusados!

Alguacil.- *Sale y trae un grupo de personas y sienta la mitad en un lado y la otra mitad en el otro.*

Juez.- Que comparezca el acusado número uno.

Alguacil.- *Escoge a uno y lo lleva al centro.*

Secretario.- (*Le toma juramento sobre el Quijote*) Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Payaso.- Yo solo puedo jurar decir mi verdad.

Sala.- (*Alboroto*)

Juez.- Como vuelvan a hablar y armar alboroto, los encierro a todos en una urna y así no podré oírlos. Ustedes, los acusados, no tienen derecho nada, nada más que a estar callados y sentados.

Juez.- (*Al compareciente*) Díganos: ¿Acaso hay más de una verdad?

Payaso.- *Calla.*

Juez.- Le repito la pregunta: ¿Acaso hay más de una verdad?

Payaso.- *Calla.*

Juez.- Se lo pregunto por última vez ¿Acaso hay más de una verdad?

Payaso.- *Calla.*

Juez.- Alguacil: ¡hágale hablar!

Alguacil.- *Se acerca al acusado con la porra levantada y...*

Payaso.- ¡Un momento, un momento! ¿Pero no ha dicho usted que los acusados no podemos hablar? (*al juez*) ¿Entonces para qué me pregunta?

Juez.- Los acusados que están allí sentados, no (*señala a ambos lados*), pero el que está en el centro sí, hombre de Dios. Si no como vamos a entendernos.

Payaso.- *Hace un gesto hacia los otros como diciendo ¡Toma, so pringaos!, que no podéis hablar y yo sí.*

Juez.- He dicho que puede hablar. Pero, en esta sala, no consiento gestos obscenos y tampoco insultar, o hacer o decir gilipolleces.

Payaso.- *Se contiene.*

Juez.- Y vamos con la pregunta pendiente: ¿Acaso, decía, hay más de una verdad?

Payaso.- ¡Oh! sí señor, hay muchas, posiblemente tantas como personas. Cada persona tiene o dice tener su verdad. Aunque no siempre sea la verdad verdadera...

Juez.- Está bien. Preséntese usted.

Payaso.- Me llamo Juan Pérez, pero todos me llaman Panchito el Chico. Soy el acusado número uno, pero no es porque yo fumo (*Hace gesto*)

Juez.- ¿Y a qué se dedica, además de a fumar?

Payaso.- Soy payaso

Juez.- ¿Es usted un payaso? (*pregunta pero como afirmando*)

Payaso.- ¡Eh!, que usted ha dicho que no se puede insultar en la sala.

Juez.- No, no le insultaba, le preguntaba.

Payaso.- Pues sí antes me ha preguntado y yo le he contestado: (*Con énfasis*) Soy payaso ¿Es que usted es cortito o es que está sordo?

Juez.- Yo soy el que hace las preguntas, no usted. Usted límitese a contestar.

Payaso.- ¡Ah!, como no lo sabía. Si no se me dicen las cosas, como nos vamos a entender según usted quiere.

Juez.- En fin, pasemos al tema que nos ocupa (*Ya empieza a perder la calma*) Señor fiscal, proceda con los cargos.

Fiscal.- Señor Payaso:

Payaso.- Panchito, si no le importa.

Fiscal.- Está bien, señor Panchito, Juan Pérez, o Panchito el Chico, como prefiera. Esta fiscalía le acusa de hacer, con sus payasadas, más felices a las gentes y como consecuencia de ello hace que se olviden de sus problemas y no afrontan con la celeridad necesaria sus responsabilidades, provocando un cierto desorden social.

Payaso.- ¿Más desorden social del que ya hay?

Juez.- Cállese hasta que se le pregunte

Payaso.- ¡Ah!, bueno

Fiscal.- Señor payaso: ¿Acaso tiene usted derecho a alterar la realidad de las cosas? ¿No comprende usted que es suya la responsabilidad de que los infelices, dejen de serlo por unas horas, los tristes, ríen y los desgraciados mitiguen su desgracia, para volver - cuando los efectos nocivos de sus payasadas han pasado- a sentirse igual o más desgraciados que antes?

Payaso.- ¡Toma ya! ¡Vaya parrafada y vaya preguntitas que hace el tío!

Juez.- ¡Conteste a lo preguntado! Y no haga comentarios que no vienen a cuento.

Payaso.- (*Se pone a contar con los dedos*) Insultar, no; decir gilipolleces, tampoco; gestos obscenos, tampoco; comentarios sin cuento, tampoco... ¿Alguna cosa más señor juez?

Juez.- ¡Que no pregunte!, que el que pregunta soy yo...

Payaso.- *Mira al fiscal y le hace un gesto como diciendo, lo siento macho, tú tampoco puedes preguntar, así que cállate.*

Juez.-...Y el señor fiscal y el abogado defensor también pueden preguntar.

Payaso.- ¡Ah!, vale. Pues... ¿Qué me había preguntado?

Fiscal.- (*Le echa una mirada asesina*)

Payaso.- ¡Ah, sí!, ya me acuerdo. Pues... ¿qué quiere que le diga? Si en la mísera vida que llevan algunos yo consigo aliviarles sus desdichas aunque sea por unas horas

pues... ¡yo creo que está bien empleado mi tiempo! Y desde luego, reír no puede hacer mal a nadie, solo puede beneficiarle.

Fiscal.- Salvo que se muera de la risa.

Payaso.- Aún así, muere feliz, con una sonrisa en los labios. Y si, además, se tira un pedo, pues se va para el otro barrio de lo más desahogado.

Abogado.- Con la venia, señoría. Mi defendido tiene razón. No sólo es beneficioso reír sino que predispone y mejora la aptitud de las personas y las ayuda a solucionar sus problemas. Pongamos algún ejemplo: Cito al primer testigo, aquel del fondo que parece triste (*En realidad, este se está riendo*).

Primer testigo / Parado

Fiscal.- ¿Pero si ese es un acusado? Y además se está riendo.

Abogado.- ¿Y qué? También puede ser testigo. Y aunque ría, puede ser de tristeza.

Juez.- Vale, vale. Que declare el testigo. Proceda alguacil.

Alguacil.- (*Lo trae*)

Secretario.- (*Le toma juramento*) Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Primer testigo (PT).- Yo solo puedo jurar decir mi verdad.

Juez.- Ya me están tocando ustedes los cataplínes con que cada uno se aplique a su verdad. ¡Usted jure decir la verdad, a secas!

PT.- Juro decir la verdad a secas. Y como soy el acusado número dos me cago en...

Todos.- ¡Ehhhh!

PT.-...el arroz,...el arroz con leche.

Todos.- ¡Ahhhh!

Juez.- Puede interrogarle.

Abogado.- ¿Por qué está usted aquí?

PT.- ¡Toma este! Porque me ha traído a rastras la poli, que si no...

Abogado.- Quiero decir que ¿de qué se le acusa?

PT.- Pues, según parece, de que estoy en el paro.

Abogado.- ¿Cómo es eso?

PT.- ¿Estar en el paro? Pues estar sin hacer nada.

PT.- No, hombre de dios, quiero decir que ¿por qué está en el paro?

PT.- Pues verá usted. Yo, y creo que como muchos, después de haber pasado penalidades toda mi vida me hice esta pregunta: **El trabajo ¿Nos dignifica o nos mortifica?**

Abogado.- Y eso que tiene de malo, que usted se lo pregunte.

PT.- Nada,...no,...ese es el comienzo. Verá: Hay algunos que no tienen hartura con esto de trabajar: primero piden un trabajito, lo que sea para ir tirando; cuando van viendo lo que el dinero puede hacer, empiezan a ser más exigentes consigo mismos pero, sobre todo, con los demás; si tienen empleados los explotan, hay que sacarle a cada uno al menos un 30% de lo que produce y así, si tengo 3 empleados tendré un 90% de la producción de los otros para mí ¿Y porqué no llegar a 30 empleados y así tendré...? ¡Huy madre!" ¡Seré rico!...

Abogado.- Sigo sin entender.

PT.- Espere hombre, espere. Otros, los menos, según ganan gastan: que tienen mucho, lo gastan disfrutándolo al máximo, que tienen menos, lo gastan igualmente y disfrutándolo igual: aquellos otros, los avaros, no lo disfrutan, ni lo harán nunca, porque solo quieren poder contar cada día como ha crecido un poquito más su fortuna. ¿Fortuna? ¿Qué fortuna? ¿Ser rico es ser afortunado? ¡Anda ya! ¿No será, quizá, el saber vivir lo que es ser afortunado, ya seas rico o pobre?

Juez.- Abrevie que vaya rollo que nos está contando.

Una acusada.- (*Levanta la mano y dice*) Señoría, señoría, ¡que me toca!

Juez.- ¿Pero cómo que le toca? ¿Pero usted se cree que está en la pescadería, señora? Le tocará cuando yo lo diga.

Una acusada.- Pues se equivoca, señor. Este tío me ha tocado el culo sin que usted haya dicho nada. Así que espabilao (*dirigiéndose al otro*) ahora no te tocaba tocarme, no te tocaba... (*canturreando*)

Juez.- Pero..., cálese ya señora, que usted no tiene la palabra.

Una acusada.- No, si yo no la necesito, con las que sé me apañó. Y como soy la número ocho, este imbécil me quiere tocar el chocho.

Juez.- ¡Que se calle de una puta vez!

Una acusada.- Otra vez se equivoca, señoría, que la puta es la número cinco, que por el culo se la hinco.

Juez.- ¡Alguacil! ¡Hágala callar!

Una acusada.- Vale, vale, ya me callo.

Juez.- Y usted, siga con su rollo (*Al PT*)

PT.- ¿Pero que dice de rollo? ¿Si ahora viene lo bueno? Decía que la vida de los obreros siempre depende de lo que las empresas decidan, pues son las que tienen el poder de decisión,..., la sartén por el mango como se suele decir, y los que representan ese poder están por encima de los demás dirigiendo sus vidas, hipotecándolos, creándoles obligaciones para que siempre permanezcan en un segundo plano, sumisos a lo establecido ¡porque esto es así!, te dicen.

Juez.- Pero quiere aligerar, que es para hoy.

PT.- Va, va. Tendré que relatar los hechos ¿no?

Juez.- Sí, hombre, siga.

PT.- Pues sigo: Hay hospitales para los pobres, la seguridad social, mientras que los ricos pueden optar a lo mejor. Escuelas para pobres, mientras ellos, los adinerados, se costean universidades privadas de lo mejor y por eso, claro, unos saben y otros son ignorantes. Unos solo son carne de trabajo. Los otros, nobleza y la jet de la sociedad y las revistas...

Una acusada.- Señoría, señoría. Otra vez me toca, el tío guarro este, ahora las tetas. ¿Lo dejo y lo denuncio al final, o lo dejo y disfruto y no lo denuncio, o qué hago?

Juez.- ¡Callarse!, eso es lo que tiene que hacer.

Una acusada.- ¿Callarme? Vale. Oye, puedes seguir tocando (*Le dice al de al lado*)

Juez.- Siga usted, con su rollo.

PT.- ¡Jo!, con tanta interrupción ya no sé ni por donde iba.

Fiscal.- Por aquello de la jet y las revistas.

PT.- ¡Ah, sí! También hay servicios sociales para los pobres, ¡pobrecitos!, dicen los ricos. Hay que ayudarles, mientras ellos lucen sus torsos morenos en sus yates blancos, etc., etc., etc.

Abogado.- O se aclara y termina, o yo no me entero.

Juez.- Pues anda que yo.

PT.- Ya, ya termino. Si esto es así, me respondía yo a mismo a mi pregunta ¿Qué tiene que agradecer el obrero, o sea yo, ni al rey, ni a Roque, ni al dios bueno que dicen que hay? Aunque eso de bueno es discutible, porque tal como nos ha hecho más parece un dios más malo que pegarle a un padre con un calcetín sudado, o no tiene ni idea de fabricar hombres

Juez.- Esa aclaración sobra.

PT.- Pues ya ve usted, a mí me aclara las ideas. Sigo, decía que me preguntaba, además ¿Qué hay que agradecer al patrón si de nuestro esfuerzo el se queda con la mitad? ¿Qué al banco si para él va otro 10%? ¿Qué a la iglesia que todo su aliento lo da en un ¡hay que resignarse con lo que dios nos ha dado!?

Abogado.- ¿Y se ha resignado?

PT.- ¡No!, me he divorciado.

Payaso.- Mi enhorabuena. Ya era hora, macho, que dejaras a esa cafre.

PT.- Gracias, pero no es eso.

Juez.- Quieren dejar de interrumpir y usted ¡quiere terminar de una vez!

PT.- Decía, que me he divorciado, sí, pero del trabajo, de la iglesia, del banco, de hacienda y hasta de mi mujer, que para ella he trabajado toda mi vida. Bueno, es verdad, ella también ha hecho lo suyo en casa. Pero la sociedad de dos, la marital, no funcionaba así que...

Juez.- Abrevie, que estamos juzgando al tiempo.

PT.- ¿Qué tiempo?

Payaso.- Pues el segundo tiempo, hombre de dios, cual va a ser. El del penalti.

Nadie.- ¿Qué penalti?

Payaso.- El que le pitó el cabrón del árbitro al Raúl, hombre, que ese tío está más ciego que un muñeco de nieve con dos castañas por ojos.

Nadie.- ¿Pero qué dices, si el penalti fue clarísimo?

Vidente.- Yo lo vi, yo lo vi, y como soy vidente... Y me llamo Vicente.

Juez.- (*Cabreadísimo*) ¡Quieren dejar de una puñetera vez de hablar todos, que esto no es un debate de cotilleo! ¡Cómo sigan por eso camino les voy a sacar una tarjeta roja que se van a cagar! Y usted, termine de una vez que ya me tiene frito.

PT.- Pues, hechas estas cavilaciones, interrupciones incluidas, decidí por unanimidad, o sea, yo conmigo mismo, que desde ahora voy a ser parado permanente. Voy a vivir de lo poco que me den por vago, gracias a que ahora a los vagos no los meten en el trullo como antes, sino que les dan el paro.

Abogado.- Hombre, si cobra usted el paro que reglamentariamente le corresponda pues no veo yo el delito. Pero ¿Le llega con el paro para vivir?

PT.- No. Pero con eso y los pocos sablazos y trabajitos B que hago, ya que los patrones siguen aprovechando esas gangas del trabajo en B que estafa al estado y al trabajador, pues sí que me llega.

Abogado.- Todo eso está muy bien con respecto a usted, pero ¿qué tiene eso que ver con las risas del payaso?

Payaso.- Eso, ¿qué tiene que ver con mis risas?

Juez.- ¡Le he dicho que se calle!

Payaso.- ¿Y por alusiones no puedo responder...?

Juez.- ¡Nooooo!

Payaso.- Pues vaya aburrimiento.

Juez.- Siga con sus risas, digo, con sus conclusiones.

PT.- Pues es que yo me río del patrón, del banco y las hipotecas, del cura y sus sermones, del político y sus adláteres y, en fin, que yo con cualquier chabolo soy feliz y me río y nunca lloro. Y también me río del río..., digo del rico y de mi tío; y me río con el payaso amigo aquí presente, aunque sé que él, a veces, llora por dentro por las tristezas que él sabiamente trata de aliviar.

Payaso.- Eso es verdad, verdadera (*Hace un gesto como diciendo, ya me callo*)

Juez.- Este testigo no nos aclara nada, al menos a mí, que ya no sé ni que es lo que juzgamos. Así que si no tiene nada más que decir señor abogado...

Abogado.- Sí señorita, yo quería decir...

Fiscal.- Disculpe la interrupción, señorita pero ¿No cree que se está pasando el abogado con tanto rollo?

Juez.- Sí, es verdad, ¡que tostón! Adelante señor fiscal.

Nadie. Las clases sociales. Desigualdades

Fiscal.- Pido que testifique nadie.

Juez.- Alguacil, proceda.

Alguacil.- (*Lo trae*)

Secretario.- (*Le toma juramento*) Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.-

Nadie.- Yo solo puedo jurar decir... (*el juez carraspea*), esto, juro decir la verdad verdadera. O a secas, que no me acuerdo como era.

Fiscal.- Díganos quien es y porqué está aquí.

Nadie.- Yo soy nadie, bueno según esto (*señala el cartel con su número*), el acusado número tres. Y como tal me atrevo a dar un consejo a los que hoy me juzgan que, por otros, en algún momento serán juzgados.

En todos los sitios, ilustres señores,
Hay malos y buenos,
Hay ricos y pobres,
Hay feos y guapos.

Gente sin conciencia...
También gente honrada
Y cabal que sabe y siente con el alma.

Y esto siempre pasa
En todos los pueblos,
En todas las razas

Todas las culturas tienen estas trazas
En todos los tiempos se ven semejanzas.

Créanme. Desde que el hombre es hombre, desde aquellos tiempos en que bajó de las ramas y caminó por los suelos, en todas las direcciones que siguió, llevó lo mismo: la desigualdad, la ley del más fuerte.

Fiscal.- ¿No es, acaso, que es así, que somos diferentes?

Nadie.- No, no es así. O, mejor dicho, sí es así, porque así nos ha hecho la vida. Pero en el momento de nacer, el más importante desde el punto de vista de la oportunidad, es el que nos marca esa diferencia. La cuna de nacimiento te marca el camino que seguirás casi al cien por cien: si naces en cuna blanda, de rico, lo más probable es que seas rico y poderoso. Si naces en cuna dura, humilde, lo más fácil es que seas carne de trabajo para fábrica, mina o el campo.

Abogado.- Pero eso se puede enmendar con la educación...

Nadie.- Se podría pero... hay otras diferencias que también te marcarán según sea tu origen: islamista, comunista, católico; de oriente u occidente, norte o sur, negro, blanco, africano, europeo, sudamericano; chino, coreano, japonés...

Abogado.- Pero, insisto, eso se puede enmendar con la educación...

Nadie.- Pues se podría pero... todos seguimos el camino marcado, más o menos. Nos condiciona el entorno social en que vivamos. Hay muchos que, como dice el dicho, hacen de su capa un sayo y se dicen a sí mismos que “el día que yo me muera que me quiten lo bailao”.

Fiscal.- No hablamos de cuando usted se muera, sino de...

Nadie.-...lo que hacen los otros, ya. O sea, que esos se despelotan viviendo a todo trapo, que la vida es corta, que decía el otro, y los demás que se jodan. O que cada uno saque los cuernos por donde pueda, ya que la vida es un saco de cuernos, según dijo otro más. ¡Joder con la gente! Cuantos dichos dicen que dice la gente que dice dichos.

Abogado.- ¿Y qué se podría hacer, según usted para cambiar esto?

Nadie.- Quizá dejar de mirarnos todos el ombligo, que es lo habitual.
Cambiar la forma en que forjamos la educación, haciéndola más universal.

Abogado.- No entiendo a donde quiere ir a parar.

Nadie.- Pues...la dinámica que se sigue en la sociedad actual es la de mimarte como si fueras único, y lo eres, sí pero solo en un sentido genético. Ya cuando naces dicen: “qué bonito es, se parece a su padre, al abuelo,” etc. Y según vas creciendo, siguen con su “parece buen chico, tiene a quien parecerle”. Más tarde se pasa al “¡qué difícil es!, vaya juventud que estamos criando”. ¿Pero no sois vosotros los que le estáis educando?

Abogado.- Bueno, pero siempre hay excepciones que...

Nadie.-...marcan la regla, sí. Pero la dinámica sigue: Ya de adulto, te haces más adusto, la carga del trabajo y la familia te amansan. Te haces más mayor, más humano, más sabio y paciente, más templado y claro.

Abogado.- Lógico. Eso es el proceso evolutivo.

Nadie.- Sí, evolutivo... (*Con sorna*) Más bien, “joditivo”. Pues cuando ya eres viejo te rechazan con “¡qué pesado es!, ya está otra vez contando las mismas historias, los mismos desengaños, el mismo agorero de siempre, ¡señor!, hasta cuando”. Y ya, cuando eres anciano, te echan a un lado de un portazo, te echan de casa, de tu casa, y acabas asilado, vas a morir solito, igual que llegamos a este mundo: desnudos, sin nada, iguales.

Juez.- Cada vez entiendo menos que demonios es lo que aquí estamos juzgando.

Payaso.- Pues anda que si no la sabe usted...

Juez.- Le he dicho que se abstenga de...

Payaso.- Ya, ya, perdón. Es que como llevaba tanto tiempo callado...

Juez.- Bien. Dejemos de momento al acusado y al testigo que vuelvan a sus asientos y piensen bien lo que tienen que decir, antes de largarnos sus verdades, que ya me están aburriendo y que pase otro acusado. Alguacil, proceda.

Bisabuela

Alguacil.- (*Lo trae*)

Secretario.- (*Le toma juramento*) Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.-

Bisabuela.- Yo puedo prometer y prometo y hasta jurar decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad (*Esto lo dice con los dedos cruzados por detrás que se le vea*).

Juez.- Gracias señora. Por fin, una voz sensata.

Bisabuela.- Y como soy la número cuatro, aquí le he hecho su retrato (*enseña un papel con un dibujo de un juez con cuernos*)

Juez.- Muy amable y delicado por su parte (*entre dientes*) La madre que la parió. Bien, según tengo aquí, a usted se le acusa de no haber educado a sus hijos, por lo que éstos no educaron bien a los suyos, sus nietos, y éstos a los suyos, sus biznietos, por lo que estamos como estamos y lo que te rondaré morena, que dice el dicho.

Bisabuela.- Yo eduqué a los míos como a mí me educó mi madre, como a ella la educó la suya, mi abuela, y como a mi abuela la educó su madre, mi bisabuela y así nos podemos remontar al principio de los tiempos.

Por tanto, ¿de qué acusarme? ¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron? Y además ¿Quién educa a los educadores que nos educan? ¿No seremos todos fruto de una cadena de errores en la educación? Los educadores educan sin tener la educación necesaria para educar. Y, por cierto, ¿a usted quien le ha educado, so maleducado?

Juez.- Esto, ejem, lo paso por alto por ser usted una anciana, pero...

Bisabuela.- ¿Pero que anciana ni que leches? Soy persona: niña, joven o anciana, somos personas y, por tanto, yo soy una persona y exijo que se me respete como tal.

Juez.- Bien, bien, disculpe, pero... todo esto quiere decir que ¿Acaso vivimos en un matriarcado, donde mandan las mujeres?

Bisabuela.- No señor, los que siempre han mandado son los fuertes, y en esto, son los hombres los más fuertes. Usted por ejemplo ¿O no es el que manda aquí?

Juez.- Esto... ¿Y porque no os habéis revelado?

Bisabuela.- Por lo que dicho antes: sois más fuertes.

Juez.- ¿Por qué es usted tuerta? ¿Es de nacimiento?

Vidente.- No, señoría, eso fue de la pelea.

Juez.- ¿Pero que pelea? ¿Y quien le ha dicho a usted que intervenga?

Vidente.- Nadie pero como...

Nadie.- ¡Mentira, yo no le he dicho nada a este, que dice que es vidente o Vicente, no me he enterado bien!

Vidente.- No, criatura, que no me refería a ti. Y soy vidente y además me llamo Vicente. Verá, señor juez. El parche del ojo de la señora es por el disgusto que le dio que le tocara la lotería que llevaba a medias con su cuñado, el Fele, pero que este cogió las de Villadiego con todo el dinero y no le dio ni un duro a la abuela. Bueno entonces, no era abuela, sino mozuela.

Bisabuela.- ¡Este tío es jilipollas, señoría. Pues no señor. Estoy tuerta de un certero puñetazo de mi Paco, para domeñarme. Así era en mis tiempos ¿Quiere usted verlo? *(Hace amago de quitarse el parche)*

Juez.- No, no, no es necesario. Esto, alguacil, otro acusado. Y si observa que alguien más interviene sin mi permiso, use la porra.

Vidente.- ¡Uy, qué modales! *(Se hace la cremallera en la boca ante la amenaza del policía)*

Alguacil.- *(Se lleva a la bisabuela y lo trae)*

Secretario.- *(Le toma juramento)* Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

La prostitución

Puta.- ¡Pues claro! Yo siempre digo la verdad.

Juez.- Y bien. ¿Díganos quien es usted?

Puta.- Pues yo... ¿Quién voy a ser, señoría? Yo soy quien escucha lo que los hombres no pueden decir a sus mujeres, la que recibe con toda su fiereza el placentero sexo que ellas rechazan, la que les somete al éxtasis del placer que en su cama no encuentran, en fin, yo soy una puta, señoría.

Todos.- ¡Ohhh!

Puta.- Puta, sí señor. El oficio más viejo del mundo *(dirigiéndose al juez)* ¿O es que ya no te acuerdas de las noches de los sábados, sabadetes en las que desahogas tus instintos y tus frustraciones en mi cama y en mi cuerpo, cuchi, cuchi?

Juez.- ¡Repórtese, señorita! No estamos aquí para valorar conductas personales, sino para valorar el porqué estamos aquí, en este mundo, en este tiempo, aquí y ahora.

Puta.- Pues sí que hay tema para tiempo, sí. Esto, ¿por qué no lo resolvemos en una de esas noches en las que fagocitamos en...?

Juez.- ¡Pare, pare!, Señor fiscal, interroque.

Fiscal.- ¿Díganos? ¿Usted por qué y para qué cree que ha sido creada?

Puta.- Un par de aclaraciones previas. Yo, como a todos ustedes, nos han hecho de polvo, sí, pero del polvo que se pegaron nuestros padres para fabricarnos. Así que de creados, nada. Fabricados.

Así que estoy aquí porque mis padres follaron para traerme a este mundo.

Fiscal.- ¿Y en cuanto a para qué?

Puta.- Pues que quiere que le diga, nuestro organismo responde a unas necesidades fisiológicas que son las que le permiten vivir hasta que la materia de que estamos hechos se deteriore lo suficiente y deje de funcionar.

Así es que aquí estamos comiendo, bebiendo, meando y cagando, como recarga de energía necesaria para la vida, o sea, para bailar, jugar, divertirse y follar que es, en esencia, lo que nos ata a este puto mundo, el folleteo.

Fiscal.- ¿Y qué me dice del trabajo?

Puta.- ¿El trabajo? Vamos a ver, ¿Usted ha visto algún animal trabajar de forma voluntaria? Y si el hombre es el único animal inteligente, según él mismo. ¿Por qué trabaja? Pues yo, que quiere que le diga. Si el hombre trabaja, allá él, pero lo que es yo y mi mente, que piensa, pues piensa que es mejor que sude mi coño un poquito, que matarme a trabajar.

Fiscal.- Dios dijo, trabajarás con el sudor de tu frente.

Puta.- Bueno, pues suda tú con la frente y con los güevos si quieres, no te jode, que yo tengo que conservar mi cutis.

Vidente. A la hipocresía y el sectarismo

Juez.- Esto, alguacil, traiga a otro acusado, que la cosa se está poniendo imposible.

Alguacil.- *(Se lleva al anterior y trae a otro)*

Secretario.- *(Le toma juramento)* Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.-

Vidente.- Lo juro por el más allá y el más acá.

Juez.- ¿Díganos quien y qué es?

Vidente.- Yo soy curandero, adivino, futurólogo, vidente y clarividente y me llamo Vicente, teléfono de pago, cuota altísima, 8888888888 ¡se siente!

Juez.- Y ya que es tantas cosas ¿Puede decirme si aclararemos algo en este juicio o estamos perdiendo el tiempo?

Vidente.- Hombre, algunos sí que están perdiendo el tiempo. Yo, no, puesto que, repito, mi teléfono de pago es el 8888888888 y espero que no deje de sonar en cuanto termine esta farsa.

Fiscal.- Señoría, se está haciendo publicidad y eso no es justo, o todos o ninguno

¿Puedo yo también dar mi teléfono de....?

Juez.- ¿Quieren dejar de hacer el imbécil de una vez? A ver, señor fiscal, tiene alguna pregunta para el acusado.

Fiscal.- Pues sí, yo quería saber si mi mujer me pone los cuernos, porque ando un poco mosca con ella que parece muy contenta últimamente ¿Si me lo dice, no le acuso de nada, ¡ea!?

Juez.- Pero ¿Qué pregunta es esa, señor fiscal?

Fiscal.- Pues es que, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, me dije ¿Y si este vidente sabe algo?

Juez.- Aténgase al proceso.

Fiscal.- Bueno, díganos su número de acusado.

Vidente.- Soy el número seis, o sea que si queréis, me la maméis.

Fiscal.- No queremos. Y no hay más preguntas.

Juez.- ¿Abogado...?

Abogado.- Señoría. Mi defendido es un inocente ciudadano que pone todo su empeño en ayudar a los demás. Verá, señoría, podemos decir que hay gran cantidad de falsarios, farsantes, videntes, sectas y sectarios que se aprovechan de los más incultos y cándidos. Pero ¿en realidad es así? Me pregunto.

Juez.- ¿Y qué se contesta?

Abogado.- Que no siempre. Hay mucho perdido en la vida, que no le rige la olla, que lo que quiere es oír aquello que le interesa y no le importa gastarse un dineral en conseguirlo. Y esto es lo que hace mi defendido. Hábilmente sonsaca al interfecto lo que le preocupa, o lo que le gustaría, y él se lo confirma con lo cual ganan los dos. El uno se queda tranquilo y mi defendido incrementa un poco más su cuenta corriente.

Juez.- ¿Esto es así, señor vidente?

Vidente.- No siempre, señoría, que hay algunos más agarraos que la hiedra a la pared. Pero, si, en general, sí, hay mucho incauto por ahí.

Juez.- Vale, señor abogado. Pase lo de su defendido. Pero hay sectas perjudiciales, que anulan la personalidad de algunos para someterlos o explotarlos.

Abogado.- Sí, señoría, eso es cierto. Hay algunas sectas que incluso son peligrosas, en el sentido de que atentan contra la propia vida de los adeptos, si bien, otras, les quitan la vida en vida. Pero no es el caso de mi defendido, no, este es un simple sinvergüenza muy avisado que sabe como aligerar el bolsillo de los crédulos, nada más.

Vidente.- ¡Huy! Que cosas más lindas dice de mí mi abogado ¡Eres todo un tío! ¡Mañana te digo la combinación de la primitiva!

Abogado.- Pero si nunca aciertas, so capullo.

Vidente.- ¿Cómo que no? ¿Y lo de la lotería que...? ¡Huy se me olvidaba lo de la lotería! Al que le tocó la lotería que llevaba a medias con su cuñado, fue al poli, pero como este cogió las de Villadiego con todo el dinero y no le dio ni un duro el tío tiene que seguir poniendo multas a todo cristo.

Policía.- ¿Pero qué dice este chalado?

Vidente.- Que te has quedado sin un duro, so pringao.

Policía municipal

Juez.- Esto, vale, déjelo ya, déjele que se vaya. Alguacil, traiga a este acusado.

Alguacil.- (*Se lleva al anterior y trae a otro*)

Secretario.- (*Le toma juramento*) Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.-

Policía Municipal.- Lo juro por el número siete que tengo de acusado, el siete, que siempre la mete. Y por el reglamento de los Pes Emes.

Juez.- ¿Y eso que es?

Policía.- El reglamento de la policía municipal.

Juez.- ¡Vaya por Dios!, Otro zumbado. Díganos, qué es y cual su oficio.

(*Cansinamente*)

Policía.- Como pueden todos suponer, soy guardia municipal ¿Y cuál se supone, valga la redundancia, que es mi misión en la vida? Poner multas, si señor. Ese es mi trabajo. ¡Toma multa, infractor!, ¡eh!, **que pa' legal, yo.**

Juez.- Bien, eso está bien, es su trabajo. Pero, ¿Y si yo dejo el coche mal aparcado?

Policía.- Pues si usted deja el coche mal aparcado: multa al juez, bueno, al coche. Y si lo deja mi abuela, también, que esto es igual para todos ¡eh!, que la ley, es la ley ¡eh!, **que pa' legal, yo.**

Abogado.- ¿Puedo, señor juez?

Juez.- Pregunte, pregunte.

Abogado.- ¿Disfruta usted con su trabajo, señor policía?

Policía.- Sí señor, disfruto con mi trabajo. Pero no con mi descanso, (*cambiando de expresión*). Cuando llego a casa me entra la llantina y no sé por qué ¿Qué mal he hecho yo, ¡eh!, qué mal? ¿Poner multas? Solo he cumplido con mi deber ¡Ay, **Madalena!**, **¡qué pena!**

Abogado.- Bueno, bueno, no es para ponerse así.

Policía.- (*Expresión poli*) Pero es que me acuerdo de que ayer multé una caca de perro, bueno no, multé al perro, quiero decir, que multé al tío que estaba más cerca de la caca de perro ¿Es que acaso no era suya la caca, ¡eh!>? (*Cambiando a buenazo, tristón*) Pero, ¿Y si le embargan hasta los friskies al pobre perro? **Ay, Madalena!**, **¡qué pena!**

Fiscal.- Yo también quiero preguntar, juez. (*Asiente el juez*) Sí usted cumplió con su deber, señor policía, no tiene que arrepentirse de nada.

Policía.- (*Expresión poli*) Pues eso. Pues que se joda el perro, la caca del perro y el perro del amo, esto..., el amo del perro, que aquí el que la hace, la paga, ¡eh!, así que ¡Toma multa, infractor!, **que pa' legal, yo.**

Fiscal.- ¿Qué otras infracciones le motivan?

Policía.- ¿Qué me dice de los que cruzan la calle sin respetar las ordenanzas reguladoras del tráfico, ordenanzas que todo lo regulan y lo ordenan ¡eh!, que hay mucho listillo por ahí suelto?, por ejemplo. Pues multa, multa y multa (*Cambiando a buenazo, tristón*) Y después, claro, piensas ¿Y si hubiera más pasos de peatones? Y mejor señalización, y más espacios adecuados, y más de esto y de lo otro ¿Y si no estuviera todo acertadamente regulado por la ordenanza reguladora que todo lo regula? ¡Ay, **qué pena, Madalena!**

Juez.- Este acusado me va a liar más de lo que ya estoy. Alguacil, tráigame a otro a ver si cambia la cosa.

Ermitaño ¿Somos animales?

Alguacil.- ¿Pero sí ya no quedan?

Juez.- ¿No? ¡No me lo puedo creer!

Una acusada.- ¡Me toca a mí, me toca!

Juez.- ¡Vaya por dios! Tráela.

Fiscal.- ¡Un momento! ¿Y ese de allí?

Juez.- ¿Ese también está acusado?

Fiscal.- No sé, pero se le puede acusar.

Juez.- Bien. Pues tráigalo.

Alguacil.- (*Lo trae*)

Secretario.- (*Le toma juramento*) Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.-

Ermitaño.- Lo juro por las estrellas en noche clara.

Juez.- Vaya, otro cambio de juramentos. Vale, díganos quien es y qué hace aquí.

Ermitaño.- Yo soy un ermitaño que tuve la mala suerte de que dos domingueros estúpidos me descubrieran en mi cueva, avisaran a los rurales, y éstos, sin encomendarse ni a dios ni al diablo, me trajeran a ésta absurda farsa.

Fiscal.- Pero usted es una persona normal ¿no?

Ermitaño.- Pues aquí, al parecer, solo soy un número ¿no tiene gracia? Un número, el nueve, el del diablo.

Fiscal.- Vale, vale, pero ¿es usted es una persona normal o no?

Ermitaño.- ¿Somos humanos o salvajes? ¿O salvajemente humanos? ¡Quien lo sabe!

Pensemos en un acto de los que se llaman a sí mismos humanos. Fiesta nacional, lo llaman. Los toros. ¿Quién es más animal? ¿El que dirige el capote o el que embiste? ¿El que clava sin contemplaciones las banderillas o el que las recibe? ¿El que sobre otro animal, el caballo, cubierto y protegido hinca la puya una y otra vez al pobre animal que embiste ciegamente o el pobre animal? ¿O, finalmente, el que para coronarse de gloria le clava el estoque en el corazón al otro y le apuntilla para rematarlo? Usted, señor

Fiscal ¿sabe decirme quien es el más animal?

Fiscal.- ¡Hombre, yo!, ¡Qué quiere que le diga!

Ermitaño.- ¿Dónde está el progreso del hombre, me pregunto, su civilidad? ¿Y las salvajadas de los encierros? ¿Se puede decir que tiene más talento el hombre porque esquiva al animal, siendo éste un sanguinario, que el toro que solo responde a lo que su naturaleza le manda? Y esos hombres, los toreros, y los que los siguen, y los que asisten a encierros, etc., muchos de ellos van a la iglesia, a misa, sin un asomo de culpabilidad cuando en realidad matan a unas criaturas del señor, según su mismo lenguaje.

Juez.- Por lo visto, a usted no le gustan los toros.

Ermitaño.- No señoría, lo que no me gustan son los hombres. Los toros, al igual que el resto de los animales no humanos, matan cuando de acuerdo a nuestra naturaleza animal lo necesitan y no por capricho como los hombres. Pero qué se puede decir al respecto, si además nos matamos entre nosotros, ya sea en guerra o en paz, por intereses espurios. Definitivamente, señoría, los animales somos los hombres. Y de lo más sanguinario que hay en el reino animal. Los otros, son inocentes criaturas de la creación.

Juez.- Alguacil, saque a este hombre de aquí porque como siga os voy a meter a todos en la cárcel pero no por lo que aquí juzgamos, sino por animales.

Una acusada. La incultura

Alguacil.- (*Se va para sacarlo y dice;*) ¿Traigo a la que nos queda?

Juez.- Ya puestos, tráigala.

Una acusada.- ¡Por fin! Ya era hora de que me tocara el Juez!

Juez.- Señora, yo no la voy a tocar. Tómele juramento, secretario.

Alguacil.- (*La trae*)

Secretario.- (*Le toma juramento*) Jura usted decir la verdad, solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.-

Una acusada.- Lo juro por las estrellas del ermitaño.

Juez.- No, si a este paso vamos a tener que editar un nuevo formulario de juramentos.

Vale, díganos quien es y qué hace aquí.

Una acusada.- Pues yo, señoría, soy... (*pausa larga*)

Juez.- ¡Vamos!, que no tenemos todo el día.

Una acusada.- Es que me da un poco de vergüenza, señorita, soy...una inculta, señorita, no sé leer.

Juez.- Eso no justifica que usted esté aquí ¿Por qué está acusada y de qué?

Una acusada.- Pues de eso, de que no sé leer.

Abogado.- No lo entiendo.

Juez.- ¡Toma, ni yo!

Fiscal.- Pues anda que yo.

Payaso.- Pues yo sí lo ent...

Juez.- ¡Tú te callas!

Payaso.- Sí señorita.

Juez.- A ver, mujer. Cuéntanos tu historia.

Una acusada.- ¡Ay, señorita! ¡Quien supiera leer! Verá, un día fui al cementerio, después de muchos años rodando por esos mundos, a rezar en la tumba de mi madre que falleció en mi ausencia. Como no sabía cuál era su tumba y yo no sabía leer, le pregunté a un hombre al que dije el nombre de mi madre. Este me indicó una de las que allí había, decía que allí estaba el nombre de mi madre. Pero cuando estaba rezándole, otra persona, que me reconoció, me dijo que aquella no era, que era otra. Yo, me fui llorando de rabia y ya ni pude rezarle en su verdadera tumba a mi madre, del dolor que me suponía el engaño falaz de la mala gente. ¿Cómo algunos son capaces de reírse del que no sabe y en temas tan doloroso e íntimos? Y digo como el ermitaño ¿Es el hombre civilizado y humano como a sí mismo se denomina? No señorita, yo también creo que es el ser más farsante de toda la creación, además de otras muchas cosas nada buenas que me callo pues, no quiero ofender con palabras que no entiendo.

Juez.- Señora, por los hechos que dice no se la puede acusar, sino todo lo contrario. Lo que ocurre es que según consta en el sumario, usted destrozó al menos cien inscripciones funerarias hasta que la detuvieron ¿Por qué lo hizo?

Una acusada.- ¡Toma!, por lo que le he dicho. Si hubiera sabido leer, señorita, sólo habría destruido la inscripción del cabrón que me engañó, pero como no sabía cual era...

Juez.- Si lo hubiera sabido ¿sólo habría destrozado una?

Una acusada.- Si lo hubiera sabido...Pues no, ya que no habría tenido que preguntar y nadie me habría engañado. Además, creo señorita que si yo hubiera sabido leer mi cultura me habría impedido hacer destrozo alguno y menos en una tumba en la que su morador no tiene la culpa de tener un familiar con tan pocos escrúpulos como el que la visitó ese día.

Juez.- Está bien. Váyase a su sitio, señora. Es todo.

Una acusada.- Gracias señorita.

Juez.- ¿Y bien? ¿Qué nos queda, señores?

Abogado.- Por mi parte, nada señorita. Solo esperar su justa sentencia.

Fiscal.- Pues por la mía..., bueno, nada señorita.

Juez.- Pues en vista de los antecedentes y las declaraciones aquí oídas, voy a dictar sentencia y la dicto.

Así que, nos tomamos en primer lugar diez minutos de descanso

(Esa última frase puede obviarse en el caso de que se haga todo en un solo acto, por lo que se seguiría en la lectura de la sentencia)

Escena segunda.

(De haber segunda parte, el inicio es idéntico al del primer acto o escena hasta que entra el juez)

Sentencia

Primero.- El trabajo, el descanso, la riqueza, la pobreza y...la alegría y la pena y hasta el pan o las magdalenas, todo se debe compartir. Y, sobre todo, hay que reír.

Vidente.- Muy bonito pero... yo creo que va a ser que no.

Juez.- ¡Que no interrumpen, leche! Sigo. No se puede condenar la generosidad del payaso que lleva la risa a los demás, aún cuando él pueda estar triste. Deberían de aprender de él otras muchas personas en nuestras relaciones diarias: los que nos atienden en la ventanilla de cualquier institución pública o privadas, los dependientes de muchos comercios, los políticos agoreros, los bancos y los banqueros y hasta los curas que nos acojonan con sus “pagareis los pecados de la tierra” cuando seáis juzgados, etc.

Payaso.- ¡Muy bien!, ¡Viva el Juez y su justicia! (*Bailando*)

Juez.- ¿Pero se quiere usted callar y comportarse?

Payaso.- Ya me callo, ya me callo.

Juez.- Como veo que aquí sigue reinando un gran interés en participar en la aplicación de la justicia, pues voy a dictar una sentencia dentro de la otra, o sea, que cada cual lea una parte de la sentencia. Así que, alguacil, proceda a repartir ésta y que la lean según les diga.

Alguacil.- (*Coge la sentencia y la reparte a todos*)

Juez.- Siga usted, número dos.

PT.- Con la venia... ¿Y por qué yo? (*Miradas de impaciencia*) ¡Ah, porque soy el número dos.

Segundo.- La explotación de unas clases por otras, es degradante. ¿Cómo se puede condenar a alguien por estar en el paro? ¿Cómo por negarse a que le esclavicen?

Putas.- ¡Viva el juez!

Todos.- ¡Viva!

Juez.- ¿Pero se quieren dejar de chorradas y comportarse? Siga, número dos.

PT.- Sigo. La esclavitud, de la que se tiene constancia desde que el mundo es mundo al igual que la prostitución,...

Putas.- Es lo que yo decía, que este tío es muy majó.

Juez.- ¡Que no interrumpen, coño! Siga.

PT.- Pues decía, que en nuestros tiempos se tienen los mayores registros de esclavos. Se calcula que unos 30 millones de personas, muchos de ellos niños, viven esclavizadas en diferentes servicios: sexo, trabajos forzados, guerras, etc. Por tanto, si alguien rompe sus cadenas y se libera, para mí, o sea, para el juez, eso es digno de elogio.

Juez.- ¿No tiene usted nada que añadir?

PT.- Sí, señorita: que, muy bien. Ya está bien de que nos digan eso de que el trabajo es salud. Y que es usted mi padre.

Juez.- Perdona, pero ni siquiera conozco a su madre.

PT.- Bueno, pues mi padre espiritual.

Juez.- Que tampoco soy cura, hombre de dios.

Payaso.- Qué es usted mejor que su padre, eso es lo que quiere decir el buen hombre, que no se entera.

PT.- Eso mismo.

Juez.- Vale, vale, ya lo he entendido. Que siga el número tres.

Nadie.- Bueno, si usted quiere.

Tercero.- Las iglesias y los curas que hagan lo que predicán y no nos den gato por liebre al decir, tú haz lo que yo digo, no lo que yo hago.

Vidente.- ¡Eso, muy bien! Que yo no he visto nunca a ningún cura currando en el tajo, como los demás.

Payaso.- Pues anda que tú curras mucho, macho.

Vidente.- Ni mucho, ni macho, no confundamos. Pero lo de los curas es que...

Juez.- ¿Es que no se pueden callar de una vez y que transcurra todo con normalidad?

Vidente.- Pero si esto es la normalidad más normal que...

Juez.- ¡Que se calle!

Vidente. Vale, vale ¡Qué hombre y qué humor!

Nadie.- Por mí pueden seguir la tertulia que yo no tengo prisa.

Juez.- Pues con prisa o sin prisa, continúe.

Nadie.- Vale. Decía, o sea que decía su sentencia, que las injusticias y desigualdades existentes han sido generadas por la acción del hombre. De ese hombre que a veces se dice creyente y temeroso de dios. Pero que poco ha aprendido de él. Pues dios nunca tuvo posesiones terrenales. Pero la iglesia es poderosa económicamente. Dios nunca obligó a nada ni a nadie. Pero la iglesia influye y mucho para que se sigan sus dictados. ¿Por qué no ha vuelto dios a la tierra en 2000 años? ¡Ahhh! ¿Quizá porque no quiere ver lo que han hecho con o en su nombre en este tiempo?

Putas.- Pues... no estoy de acuerdo, o no lo entiendo ¿No habíamos quedado en que Elvis era dios?

Payaso.- Sí, el dios del sexo, droga y rock and roll.

Juez.- Esto, permiten que terminemos este punto. Gracias. ¿Tiene usted algo que añadir, número tres?

Nadie.- Ya puestos, digo yo, señorita ¿No sería bueno que todos los dioses se pusieran de acuerdo y nombraran a uno jefe, y así nos evitaríamos tener tantos a quien dirigimos?

Juez.- Vale. Se incluirá en la sentencia. ¿Algo más?

Nadie.- Pues..., que yo creo que el hombre y solo el hombre, es culpable de sus males. Y no tiene remedio a menos que haya un cambio radical.

Juez.- Esto también. Seguimos. Continúa el número cuatro.

Bisabuela.- ¿Puedo decir algo de cosecha propia?

Juez.- Cuando termine de leer.

Bisabuela.- ¿Y si se me olvida?

Juez.- Pues yo se lo recordaré.

Bisabuela.- Vale.

Cuarto.- La educación se debería empezar educando primero a los educadores. Porque ¿Cómo nos pueden educar unos educadores que no están educados para educar?

Payaso.- ¡Uf!, ¡Vaya galimatías!

Bisabuela.- ¡Que no me interrumpa, leñes!

Sigo. ¿Por dónde iba...? ¡Ah, ya, por aquí! Quiero decir, o sea, quiere decir el juez, que si educamos desde la base de la superioridad, desde la base de que yo tengo que estar por encima del vecino, desde la base de que la verdad es mi única verdad, etc., esa educación no es constructiva sino que promueve más desigualdad y egoísmo. Y eso no es educación. ¡Ah! Y en esto los padres son los primeros que deben dar ejemplo de educación, sino, no educamos, **maeducamos**.

Juez.- ¿Algo más?

Bisabuela.- No señor, que ya estoy cansada por hoy.

Juez.- Vamos con el número cinco.

Puta.- ¡Qué ganas tenía de que me tocara! Empiezo.

Quinto.- Somos, o debemos ser, como vasos comunicantes que se traspasan los unos a los otros el sobrante que tienen.

Dado que a la represión a la que hemos estado y estamos sometidos en materia sexual, entre otras, a los o las que se dediquen al ejercicio voluntario de la prostitución debería considerárseles como trabajadores sociales puesto que dan un servicio social.

Desgraciadamente, la mayoría de los o las que la ejercen, son mediante la esclavitud ¡Y a esos esclavizadores sí que habría que cortarles los cataplines sin contemplaciones!

Juez.- Reportése.

Puta.- Sí, señoría. Pero, por otra parte, ¿qué manía tienen algunos con aquello de que vender su cuerpo, que se supone que es lo que hacen las prostitutas y prostitutos, sea condenable? ¿Acaso el político, muchos políticos, no venden su verborrea interesadamente? ¿Y qué me dicen de muchos actores que venden su imagen a quien quiera pagarles? ¿E incluso muchos ciudadanos de a pie venden su figura, posición o relaciones para obtener beneficio en su provecho? Por tanto ¿Es condenable que la mujer venda un servicio, que no su cuerpo, siendo toda la carne hecha de la misma materia y por tanto prestar un poco de roce, que es lo que se hace, no daña sino que restaura los flujos de energía mutua?

Juez.- ¿Ha terminado?

Puta.- Sí. Sólo decir que el sexo no es sucio, lo han querido ensuciar los que a sí mismos se lo prohíben, los curas, aunque bien que ellos lo practican suciamente. Y que no me digan que no, que yo tengo algún cliente que otro con hábito.

Juez.- Bien, prosigamos con el... número seis.

Vidente.- ¡Uy, que ilu! Veamos.

Sexto.- Los políticos deberían hacer más y prometer menos.

Qué un engañador de incautos como yo, el vidente, viva de eso ¿es condenable? No engañan los políticos, la iglesia, la banca, los empresarios, el vecino y todo el que puede. Somos lo que somos, vividores envidiosos que tratan de aprovecharse de las debilidades del prójimo.

Juez.- ¿Quiere decir algo más?

Vidente.- Que le ha quedado muy chuli, señoría.

Juez.- Vale, vamos con el número siete.

Policía.- A la orden de usía (*saluda*)

Juez.- Que no me tiene que saludar ni llamarme de usía.

Policía.- ¡Vale tronco!

Juez.- Tampoco hay que pasarse.

Policía.- Pues entonces..., voy.

Séptimo.- Hay que ser honrado y buena gente, sí, pero no gilipollas. La prueba del trabajador honrado está representada por este policía municipal, o sea yo: Por un lado, él, o sea yo, disfruta con su trabajo, lo que equivale a poner multas. Pero esas son las ordenanzas recibidas. Pero por otro, se martiriza pensando que quizá lo que no es correcto sean las ordenanzas. Y ahí es dónde se ve su grandeza como humano. No puede cambiar la ley, pues ni tiene poder para hacerlo, ni conocimientos para saber si es correcta o no. Hay muchos que siguen esa lógica: acatan y obligan sin saber qué es lo que están haciendo.

Juez.- ¿Quiere añadir algo más?

Policía.- (*Se saca unos folios, muchos e intenta leerlos*) Pues sí, señoría. Yo traía aquí algunos cambios para incorporar en el reglament...

Juez.- Los cambios en el reglamento por el conducto reglamentario, número siete. Yo solo le preguntaba por cortesía.

Policía.- ¡Ah!, como usted dijo...

Juez.- Vale, vale, el siguiente, número ocho.

Una acusada.- (*Todos la miran y ella al fin se da cuenta de que es ella y pregunta*) ¿yo?

Juez.- Sí usted.

Una acusada.- (*Coge el papel y lo mira y le pregunta al de al lado*) ¿Qué dice aquí?

Juez.- Esto, perdón, señora, me olvidaba de que usted no sabe leer. ¿Quiere leerlo alguien por ella?

Vidente.- ¡Yo señoría!

Payaso.- ¿Cómo que tú? Yo tengo más derecho que soy el número uno.

PT.- Hombre, yo si no hay quien lo lea puedo hacerlo. Total, como no tengo otra cosa que hacer.

Juez.- ¿quieren dejar de alborotar y comportarse? A ver, que lo lea puta.

Puta.- La número cinco si no le importa, señoría, o es que no se notan mis atributos femeninos (*hace un gesto*)

Juez.- Vale, vale, la número cinco.

Puta.- Así está mejor. Allá voy.

Octavo.- La envidia, el egoísmo y la malaleche, deben ser desterradas. Una persona inculta, sin estudios, es hoy día como un animal fuera de su hábitat natural. Víctima de engaños y de toda clase de tropelías y vejaciones. Por eso, hay que condenar y condeno al analfabetismo y a los que lo hacen posible o no ponen los medios necesarios para desterrarlo.

Juez.- Vale, no te pregunto nada porque si no la liamos. El siguiente, el número nueve.

Ermitaño. Pues fíjese que a mí me habría gustado que le preguntara algo.

Puta.- ¡Toma! Y a mí. Pero como es el que manda pues...

Juez.- Pues el que manda, manda que siga el número nueve con su parte.

Ermitaño.- El que manda, manda. Allá voy.

Nueve.- Los hombres somos unos salvajes. Y nos estamos cargando el planeta, nuestra casa. Me pregunto ¿Qué tipo de ser somos? ¿Un animal humano, como nos decimos a nosotros mismos, o un virus maligno que tomó el poder en la Tierra?

Putá.- Si quiere que le conteste yo...

Juez.- Quiero que siga el número nueve, gracias.

Putá.- Usted se lo pierde. Porque yo de animales entiendo un rato. Vale, vale. Usted mismo.

Ermitaño.- Creo, sigue la sentencia, que el fin de la especie humana sería una solución, para la recuperación del planeta tierra a su estado primigenio. Aún así, se tardaría 300.000 años en recuperarla de la degradación a la que la ha sometido el ser humano. Entonces ¿no es mejor un mundo sin seres humanos? ¿No sería deseable que un meteorito que afectara solo a los humanos cayera sobre la tierra y los extinguiera, al igual que ocurrió con los dinosaurios?

Juez.- ¿Alguna sugerencia, número nueve?

Ermitaño.- Pues, por todo lo antedicho, un único consejo para todos: Sé feliz, que la muerte llega sola.

Juez.- Bien, como conclusión, diré: Todos los que están aquí como acusados e, incluso el fiscal y el abogado, secretario y alguacil, no son más que unos vividores o sobrevividores pues lo que intenta cada uno no es más que arrimar en lo que pueda el ascua a su sardina. Por tanto, yo, como juez y parte interesada en el juicio, declaro inocentes de todo delito a los aquí presentes pues solo serían culpables, en todo caso, de arreglárselas para sobrevivir, ya que de nacer, tampoco fueron culpables, He dicho.

Final

Alguacil.- Con la venia, señoría...

Juez.- ¿Tiene algo que añadir, alguacil?

Alguacil.- Que añadir, no señoría, no, pero es que como no me han dejado hablar en todo el juicio ¿Me puedo pedir un deseo?

Juez.- Pero si usted no está acusado y menos le hemos condenado a muerte.

Alguacil.- Ya, pero yo quiero poder decir algo ¡Es que estar callado todo el tiempo es un coñazo de la leche!

Juez.- Bueno, vale. Pídase un deseo.

Alguacil.- ¡Me pido unas gambas a la plancha! Y que las pague usted.

Juez.- Pero ¿cómo que gambas? ¿Y cómo que las pague yo?

Alguacil.- Es que es un deseo, hombre, mi último deseo.

Juez.- Está bien. Le invito a unas gambas a la plancha. Señores, esto se acabó. Que cada uno tome el camino de su casa y no se entretenga, que es tarde.

Alguacil.- Esto, y lo de las gambas...

Juez.- Menos el alguacil y yo que nos vamos a tomar unas gambas a la plancha.

Payaso.- ¡Yo me apunto!

Todos.- ¡Y yo!, ¡Y yo!, etc.

Juez.- ¿Pero estáis todos locos, o qué? ¿No estáis satisfechos con que no haya condena para nadie?

Nadie.- ¡Uy! ¿No me va a condenar? Pues dabuti.

Payaso.- Pues si no nos condena y todos somos iguales, ¡yo también quiero pedirme un deseo, ea!

Juez.- Pero vamos a ver, vamos a ver, vamos...

Payaso.- ¡Eso! Vamos a ver en qué quedamos: Reír ¿es bueno o malo?

Juez.- Pues si ya he dicho que es bueno y sano.

Payaso.- Ya, peor fíjese que yo creo que hay mucha gente que no puede reír porque le falta lo esencial.

Putas.- A mí, por ejemplo. Me falta la esencia, la ciencia y la paciencia.

Vidente.- Pero el Payasete no se refiere a eso ¿verdad que no?

Parado.- ¡Claro que no! El se refiere a nosotros, a los parados, que no tenemos nada, no tenemos futuro. ¡Un momento! ¿Cómo que no?

Señoría, ¿puedo...?

Juez.- Adelante, ya puestos.

Parado.- Pues verán. ¿Qué ocurriría si no hubiera guerras?

Nadie.- Pues que no se fabricarían armas y mucha gente se quedaría en el paro ¿no?

Parado.- ¡Exacto! Pero a esos parados, se les podía enviar a los países pobres a enseñarles a hacer productivas sus economías, pues algunas ricas ya lo son pero las estamos esquilmando en provecho exclusivo de los ricos en vez de los naturales y propios de esos países. Así que ¿por qué en vez de mandarles armas para que se maten no les mandamos a parados que los instruyan? Y de paso evitamos el tráfico de esclavos sexuales y laborales, muertes en el mar por hundimiento de cayucos, dificultades en los países ricos para integrar a esos pobres olvidados de todos, etc.

Payaso.- Eso, señor Juez, ¿por qué no hacemos eso? Que en su sentencia no dice nada.

Juez.- Vale, vale.- Tomo nota y lo incluyo en la misma ¿Alguna sugerencia más?

Ermitaño.- Hombre pues ya puestos a mí me gustaría hablar del cambio climático.

Porque allí arriba, en la montaña, ya se empiezan a notar sus efectos.

Juez.- Pues vale, hablemos.

Nadie.- ¡Oiga!, que eso no se había planteado.

Juez.- Ya, pero lo dice el guión, así que a mí, plim, echale la culpa al guionista.

Ermitaño.- Yo solo quiero señalar, como el cambio climático afecta al litoral, a la mar, a los peces, a la agricultura, al monte, a los ríos,... Los incendios intencionados, los huracanes, los terremotos, los tsunamis, el crecimiento urbanístico depredador y salvaje, etc., están consiguiendo un cambio tan importante en la vida del planeta que poca vida le auguro yo si seguimos así.

Payaso.- Bien dicho, majete. Voto por el monje.

Ermitaño.- Que yo no soy monje.

Payaso.- Como si lo fueras.

Juez.- Vale, vale. Incluiré un párrafo sobre el cambio climático.

Putas.- Y ya que todos tienen cosas que decir, yo también tengo una y muy importante.

Juez. Pues dila, mujer. No te quedes con las ganas.

Putas.- Bien. Yo quiero decirles de que si tengo este oficio tan ingrato es por sentido de la responsabilidad.

Juez.- La responsabilidad ¿de quién?

Putas.- Pues la mía. Verán, dado que la riqueza está muy mal repartida por la avaricia de algunos, avaricia que les lleva a que un escaso 10% de la población posea el 90% de la riqueza, mientras que el resto, o sea el 90% de la población se tiene que conformar con sólo el 10% y de éstos hay muchos que son pobres de solemnidad, me dije: Nena, tienes que hacer algo. Y que es lo que hago. Sacarles todo lo que puedo a todo el que a mí se

acerca alardeando de guaperas y rico. Y digo yo que, en algo, reequilibraré la balanza de la igualdad.

Juez.- Vale, vale. Tomo nota.

Policía.- Con la venia, señoría, ¿puedo intervenir?

Juez.- Sí, hombre. Sí aquí ya lo hace todo el mundo.

Policía.- Pues bien. Quería anunciarles mi candidatura a Alcalde.

Payaso.- Pero ¿Qué dices? En cuanto seas alcalde te acuso de corrupto.

Policía.- Pero si yo no he hecho nada.

Payaso.- Pues por eso también te acuso, por no hacer nada de lo que tienes que hacer.

Policía.- No, no. Yo solo me voy a dedicar a hacer leyes entendibles por los ciudadanos que refuercen los derechos de los pueblos y la comunicación entre sí, que acabe con la esclavitud, sea del signo que sea, y que fomente un marco de convivencia y tolerancia potenciando la democracia que, como se sabe, es el menos malo de los sistemas políticos conocidos, aunque no perfecto. Trabajaré por su perfeccionamiento alejando en lo posible los fantasmas de las dictaduras y los dictadores de todo el orbe. He dicho.

Vidente.- Pues... va a ser que no. Quiero decir que tú con esos ideales no creo que llegues nunca a Alcalde. Así que... se siente.

Juez.- ¿Tienen los señores, señoras y señoritas aquí presentes algo más que declarar antes de concluir?

Bisabuela.- Que se deje ya de historias y vamos a tomarnos esas gambas a la plancha, ¡caray!, que tengo una gazuza que no veo.

Todos.- Eso ¡Vamos!

Juez.- Bien. Esto es así. Se gane o se pierda siempre se acaba celebrando todo bebiendo y comiendo en el bar ¿Hemos hablado de lo borrachos que somos? Es igual, lo dejaremos para otro día.

Fin.-